

Las novenas de Mons. Juan Larrea a San Josemaría y al Beato Álvaro del Portillo: raíces y proyección.

Juan Miguel Rodríguez *

Resumen: Las novenas a San Josemaría y al Beato Álvaro del Portillo no son más que una pequeña parte de la amplísima producción jurídica y pastoral de D. Juan Larrea. Sin embargo, pueden considerarse como una ventana que permite asomarnos a la huella e influencia que estos dos santos ejercieron sobre el arco entero de la existencia de D. Juan Larrea. Para rastrear esta influencia, se describe brevemente el trato que D. Juan Larrea tuvo con S. Josemaría y el Beato Álvaro del Portillo. A continuación se realiza un análisis de los textos y las motivaciones de las respectivas novenas, en el que se concluye que la impronta de S. Josemaría y el Beato Álvaro del Portillo continuaba viva y operativa cuando escribió estos textos, en el periodo final de su vida en la tierra.

Palabras clave: Juan Larrea Holguín, novenas, Josemaría Escrivá, Álvaro del Portillo

Abstract: The novenas to Saint Josemaría and Blessed Álvaro del Portillo are only a very small part of the immense written production of Juan Larrea. However, they can be considered as a window that permits us to put out the mark and the influence that these saints exercised over Juan Larrea. To trace this influence the relationship between Juan Larrea and Saint Josemaría, and Blessed Álvaro del Portillo will be briefly described. Afterwards, the texts and motivations of these novenas will be analyzed, to conclude that the imprint of Josemaría and Álvaro del Portillo was alive and working in Juan Larrea when he wrote these texts at the end of his life on earth.

Keywords: Juan Larrea Holguín, novenas, Josemaría Escrivá, Álvaro del Portillo

* ioannes.rodriguez@gmail.com

Universidad de Los Hemisferios. Ecuador.

Es bien conocido que la producción jurídica y pastoral de Mons. Juan Larrea Holguín es enorme. A primera vista, parece que no tiene demasiado sentido estudiar con cierto detenimiento las novenas de San Josemaría y del Beato Álvaro del Portillo, pues son unos sencillos escritos para la devoción popular. En efecto, se trata de dos folletos de corta extensión, posiblemente escritos en un plazo de tiempo que no superó unos pocos días. La finalidad divulgativa y popular de esos textos obliga al autor a renunciar al desarrollo de conceptos abstractos y elevados. Tan bien se ve precisado a asumir una forma literaria que sea apta para transmitir con la máxima sencillez posible un mensaje de contenido religioso y devocional.

Sin embargo, desde otra perspectiva, un estudio más detenido de estos textos, puede abrir una rendija que nos permita mirar el modo en que las enseñanzas de San Josemaría -y más tarde, de D. Álvaro- calaron en el alma de Mons. Juan Larrea. Desde este panorama, pueden contemplarse, en cierto sentido, como el fruto de una semilla depositada años de juventud.

En efecto, la relación de D. Juan con Josemaría comienza durante sus años estudiantiles en Roma y se prolonga durante todo el curso de su vida. Cuando la distancia física hizo imposible el trato directo, continúa a través de cartas y de encuentros ocasionales.

Tras la muerte del Fundador del Opus Dei, ese trato sigue vivo por medio del Beato Álvaro, primer sucesor de San Josemaría al frente del Opus Dei. Como cabeza de la Obra tras la muerte del Fundador recibe la misión de gobernar el Opus Dei amoldándose a la mente y al corazón de San Josemaría. Además, al igual que muchas otras personas, Mons. Larrea estuvo convencido de que el Fundador del Opus Dei era un eficaz intercesor en la presencia de Dios, y, en consecuencia, acudió a él primero mediante la devoción privada, y luego de su beatificación y canonización, también pública.

Llegados a este punto, puede ser útil describir, aunque sea sucintamente, los momentos de la biografía de D. Juan en los que se encontró con San Josemaría. La información ha sido tomada de la semblanza de Antonio Vázquez de Prada. *Un rayo de luz sobre fondo gris*. El lector interesado también puede a los recuerdos de Mons. Juan Larrea: *Dos años en Ecuador (1952-1954): recuerdos en torno a unas cartas de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, publicados en *Studia et Documenta* (págs. 113-125) .

Mons. Juan Larrea encuentra a San Josemaría por primera vez en Roma. Se había trasladado a aquella ciudad porque su padre había sido nombrado, en 1948, Embajador ante la Santa Sede. En enero de 1949, cuando tiene 21 años, a través de un amigo suyo, toma contacto con los medios de formación del Opus Dei, El 23 de abril del mismo año pide la admisión en la Obra. Al día siguiente pudo conocer a San Josemaría personalmente. Ese mismo curso académico se trasladó a vivir al

“Pensionato”. En aquella edificación, todavía en obras, residían algunos fieles de la Obra. Allí recibió, junto, una formación más intensa, a la sombra y al amparo de San Josemaría que también vivía allí.

Allí aprendió, a través del ejemplo y la palabra del Fundador, a vivir el espíritu del Opus Dei de santificación en la vida ordinaria. El 17 de julio de 1952, Mons. Larrea abandona Roma, pues el San Josemaría contaba con él para iniciar la labor del Opus Dei en el Ecuador. Tras pasar una corta temporada en España, llega a Quito el 6 de octubre de 1952. A partir de ese momento, la relación con San Josemaría se establece por cauce epistolar. Esas cartas no han sido publicadas, pero Mons. Larrea ofrece un penetrante resumen de ellas, diciendo que “el conjunto de esta correspondencia transparenta la actitud personal de San Josemaría: estuvo en los detalles; se interesó por cuanto se refería a sus hijos; inspiró constantemente alegría y serenidad; estimuló sin tregua el trabajo apostólico; y, confiando totalmente en sus hijos, lo esperó todo de Dios” (Holguín, 2007, pág. 125). No debe pensarse, sin embargo, que la distancia física menguó la corriente de cariño sobrenatural y humano entre San Josemaría y Mons. Larrea. Años más tarde, escribiría: “San Josemaría imprimió en mi vida la más honda huella que pueda haber recibido y considero el favor más notable que me ha deparado la Providencia” (Vázquez, 2009, pág. 57).

Es más difícil encontrar un rastro documental de la relación de Mons. Larrea con el Beato Álvaro. Es probable que la causa sea una norma de conducta que el Beato mantuvo a lo largo de toda su vida. Álvaro del Portillo había aprendido de San Josemaría a ocultarse y desaparecer. Quería que toda la atención se centrara sobre el espíritu del Opus Dei que llegaba a los miembros de la Obra a través del ejemplo y de las enseñanzas del Fundador. Y por este motivo, evitaba positivamente todo lo que pudiera ser ocasión de singularizarse o de evitar incluso la apariencia de una actividad particular.

Sin embargo, a pesar de este silencio, Mons. Larrea comprendía la labor de apoyo el beato Álvaro desarrollaba, de manera silenciosa, como apoyo a San Josemaría. Tuvo ocasión de manifestar este aprecio en las ocasiones en las que, siendo obispo, se encontró con el primer sucesor de San Josemaría. Además, atesoraba en su corazón los recuerdos que tenía de D. Álvaro. Entre ellos, merece destacarse el diálogo que mantuvo con el primer sucesor de San Josemaría, con ocasión de una conversación que mantuvo, siendo joven estudiante, con Mons. Montini, el futuro Pablo VI.

D. Juan sintetizaba el encuentro con San Josemaría y el espíritu del Opus Dei, con una expresiva metáfora tomada de la pintura. A partir de entonces su vida cambió, pudiendo descubrir la hermosura de los colores donde antes solamente se apreciaba la oscura monotonía. Fue como un *rayo de luz sobre un fondo gris* (Vázquez, 2009, pág. 18).

Las novenas a San Josemaría y al Beato Álvaro, escritas durante los últimos años de la vida de D. Juan en la tierra son un testimonio concreto de que el trato con el Fundador de Opus Dei, que marcó el camino vocacional de D. Juan seguía vivo en su mente y su corazón. No eran simplemente unos recuerdos entrañables sino más bien un impulso vital que le llevó a escribir unos textos que ayudaran a conocer la vida y las enseñanzas de San Josemaría para que este santo también dejara su impronta bienhechora en la vida de muchas personas.

¿Por qué novenas?

Pasemos ahora a unas consideraciones comunes a ambas novenas. La primera cuestión que es preciso afrontar se refiere a las razones que motivaron la elección de una novena como medio de difundir la devoción a San Josemaría y a D. Álvaro.

Se puede pensar, aunque se carece de fuentes documentales, que la idea de estructurar el texto en torno a un novenario de días es un modo de seguir las huellas del Fundador. En efecto, San Josemaría, en su labor sacerdotal, aconsejaba con frecuencia hacer novenas o triduos para pedir luces a Dios. Así lo hace constar, por ejemplo D. Pedro Casciaro en las memorias que escribió sobre San Josemaría (Casciaro, 1994). También sabemos que San Josemaría tenía una especial predilección por el número 9, en el que veía una representación de la Santísima Trinidad. Su obra más conocida, *Camino*, consta de 999 puntos precisamente por esta razón (Rodríguez, 2002, pág. 116).

Desde el punto de vista pastoral, la novena tiene una serie de ventajas indudables. La repetición de la plegaria, realizada ordinariamente en nueve días consecutivos, se constituye en un recurso pedagógico que ayuda a la persona a perseverar en oración, alejando el riesgo de un capricho momentáneo. Ayuda también a superar la tentación de recurrir al santo de modo supersticioso. En efecto, el recurso al Cielo a lo largo de varias jornadas es un estímulo poderoso para procurar que la mente y el corazón se ajusten a los designios de Dios tal como se manifiestan en la vida del santo, venciendo los asaltos del capricho, la superficialidad, la comodidad o la pereza.

El formato de la novena tiene también una gran ventaja para la difusión popular. Permite una amplia modulación de variaciones temáticas sin perder de vista el principio de fondo que les da unidad y coherencia. De este modo, se establece una cierta analogía con el trato y el conocimiento de las personas en la vida cotidiana, a las que aprendemos a conocer poco a poco y de manera gradual, a través de múltiples encuentros.

La edición y la impresión resultan sencillas y económicas, lo que permite aprovechar las economías de escala.

Por último, la estructura de la novena, especialmente en Ecuador, tiene la ventaja de ser un camino de oración conocido y apreciado, especialmente a través de la novena de Navidad al Niño Jesús, que en nuestro país adquiere un carácter paradigmático.

Estructura y estilo de las novenas

La forma en la que D. Juan Larrea estructura las novenas es muy sencilla. Después del título, aparece un texto, en el que se desarrolla la idea que corresponde al día. A continuación, aparecen unas palabras del santo —San Josemaría o el Beato Álvaro del Portillo, según el caso—, se sigue con una oración para terminar con una breve oración o jaculatoria.

La idea de tal estructura es evidente: el texto tiene como finalidad iluminar la mente para impulsarla a la oración. Las palabras del santo ayudan a ver que las ideas o conceptos del texto no son una abstracción lejana, sino que se hacen vida —carne y sangre— de quien los pronuncia. Este movimiento de la mente al santo y del santo a la mente, produce una confrontación con la propia vida, que, puesta en la presencia de Dios, se transforma en plegaria, desembocando con naturalidad en la oración que se propone para cada día. Finalmente, la breve oración final o jaculatoria, es una ayuda práctica para que la plegaria y la meditación de cada día estén presentes en toda la jornada a través de la repetición de estas breves palabras.

El texto propuesto para la meditación de cada día es de longitud variable, pero se caracteriza por ser muy breve. El estilo es sencillo y directo, pero sin ser simplón ni caer en la ramplonería. Llama la atención la pulcritud y la exactitud del lenguaje, en el que no hay ningún asomo de pedantería. Dominan las frases cortas y los párrafos también son breves, con un desarrollo gradual y ordenado. No hay consideraciones sentimentales ni efluvios emotivos. Es claro que la intención del autor, es, ante todo, proporcionar un alimento para la mente. No se excluye el corazón ni sus dimensiones afectivas, sino que se subordinan a la razón. Se aprecia, también en el estilo literario, la formación jurídica del autor que gusta de la precisión y se expresa con exactitud.

Sobre las palabras que D. Juan Larrea toma de San Josemaría y del Beato Álvaro del Portillo se hablará más detenidamente al estudiar las características peculiares de cada una de las novenas.

La oración final, a la que se llega después de la meditación personal y de la cita de San Josemaría o del Beato Álvaro recoge, en una síntesis muy lograda, las ideas fundamentales que se han desarrollado y las convierte en plegaria. Son muy probablemente fruto de la meditación personal de D. Juan Larrea y de su esfuerzo por asumir esas palabras en su vida diaria.

Llama la atención que muy pocas de las jaculatorias sean “originales”. La gran mayoría están tomadas de San Josemaría: algunas se repiten de modo literal, otras en cambio, sufren pequeñas adaptaciones para hacerlas asequibles al gran público. También en esto, podemos ver un intento del autor de identificarse con la oración del Fundador del Opus Dei.

Aspectos particulares de la novena a S. Josemaría

El plan que Mons. Larrea traza para la novena a S. Josemaría es el siguiente:

1. La santificación del trabajo.
2. Santificación del hogar y la familia.
3. Santificación del mundo.
4. Nuestro fundamento: somos hijos de Dios.
5. Unidad de vida.
6. Progresar en las virtudes.
7. Enseñar la doctrina cristiana.
8. Medios para ser fieles.
9. Cristo, María, la Iglesia.

Estos temas pueden describirse como un desarrollo o despliegue del mensaje central de la predicación de San Josemaría: la llamada universal a la santidad en medio de los afanes de la vida ordinaria. Una descripción exhaustiva del mensaje de San Josemaría desde la perspectiva de la teología espiritual puede encontrarse en la obra *Vida cotidiana y Santidad en la enseñanza de San Josemaría* (Burkhart, 2010).

Desde esta perspectiva, los tres primeros títulos describen diversas facetas de los ámbitos en los que el cristiano debe buscar y encontrar la santidad: el trabajo, la familia y el mundo (quitando de este último de cualquier connotación peyorativa para entenderlo cómo el ámbito desde la que el cristiano desarrolla su labor).

En el cuarto día (*Nuestro fundamento: somos hijos de Dios*) se abandona la faceta descriptiva para fijarse en el fundamento de la vida del cristiano tal como lo enseña San Josemaría.

Los tres temas que siguen a continuación (*Unidad de vida, Progresar en las virtudes, Enseñar la doctrina cristiana*) muestran el modo en el que el mensaje de la llamada universal a la santidad se concreta en la vida del cristiano.

En el octavo día se muestran los medios que permiten perseverar en la búsqueda de la santidad. La novena concluye con una serie de temas que podríamos llamar “transversales” porque están presentes en todas las facetas del cristiano: Cristo, María, el Papa.

Se puede decir, usando una expresión de San Josemaría, que la novena está planteada como un plano inclinado, que recorriéndolo paso a paso permite captar mejor, tanto de modo intelectual como vital, el mensaje de la santificación en medio del mundo.

El modo en el que Mons. Larrea desarrolla estas ideas muestra que el autor se ha identificado con el mensaje de San Josemaría. Aunque el desarrollo de los temas es personal, en no pocas ocasiones aparecen expresiones y modos de decir propios de la predicación y de los escritos de San Josemaría.

A continuación, y sin ánimo de exhaustividad, describiremos algunos de ellos. Se habla del trabajo como *gozne o eje fundamental de la santificación del trabajo*; la mención del trabajo como *instrumento de santificación*; se describe la tarea del cristiano como una misión que permite *santificar el mundo desde dentro*; la comparación del trabajo del cristiano con la del fermento en la masa; el binomio libertad-responsabilidad, tan característico de San Josemaría; el tono positivo con el que se describe *la libertad y la gloria de los hijos de Dios*; el concepto de *unidad de vida*, acuñado y difundido por San Josemaría; la exhortación a *eleva las acciones al plano sobrenatural* y a convertirlas en *instrumentos de santidad y apostolado*; el ver la exigencia de la tarea apostólica como un *mandato imperativo* de Cristo, etc.

Los conjuntos de estas expresiones permiten pensar que Mons. Larrea atesoraba estas expresiones en su memoria, buscando identificarse con el Fundador no sólo en los conceptos, sino también en las palabras y en los modos de expresión, de forma tal que brotaban de su pluma con total espontaneidad.

La novena a Don Álvaro

Pasemos ahora a comentar unos pocos pormenores relacionados con la novena al Beato Álvaro del Portillo. A continuación, una lista de los temas que la estructuran:

1. La familia, educadora en la fe

2. Adolescencia y juventud: preparación para servir.
3. Primer contacto con el Opus Dei. Vocación. Respuesta generosa.
4. La guerra civil: grandes pruebas permitidas por Dios.
5. Preparación para el sacerdocio. Alma sacerdotal.
6. Al servicio del Fundador: gestiones en Roma.
7. Al servicio de la Iglesia: el Concilio y las Congregaciones Romanas.
8. Sucesor de un Santo.
9. Continuidad. Expansión. Nuevos apostolados.

A diferencia de la novena a San Josemaría, el desarrollo de los temas tiene como hilo conductor la biografía del Beato Álvaro. Y esto no es una casualidad. El carisma específico –si es que se puede llamar así– del Beato Álvaro del Portillo fue precisamente la identificación de su vida con el mensaje de San Josemaría. Desde este punto de vista, lo que interesa es precisamente recorrer la trayectoria personal del Beato para aprender de él a asumir el mensaje del Fundador.

La fuente documental para recorrer la biografía de D. Álvaro del Portillo parece ser la biografía escrita por Javier Medina Bayo: *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel* (Bayo, 2012). En esta tarea, Mons. Juan Larrea pone en juego toda su capacidad de síntesis para condensar, en pocos trazos, los perfiles más destacados del beato.

Parece, por tanto, que el principio rector que guía la composición de estas páginas es la de acompañar al beato Álvaro por el camino de su vida para de este modo aprender a ser fiel a las enseñanzas de San Josemaría

Reflexiones conclusivas

Ha llegado el momento de esbozar unas breves reflexiones conclusivas.

Se puede, mencionar, en primer lugar, que estas novenas no son, en modo alguno, un apéndice externo de Mons. Juan Larrea. Más bien, piden ser vistas como señales de un trato con San Josemaría y con el Beato Álvaro que inició en los años de su juventud y que se prolongó durante toda su vida, incluso tras la marcha de estos hombres santos al cielo.

Mons. Larrea aparece muestra una viva conciencia de lo que el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice respecto a los santos: “no dejan de cuidar a aquellos que han quedado en la tierra (...) su intercesión es su más alto servicio al plan de Dios. Podemos y debemos rogarles que intercedan por nosotros y por el mundo entero” (n. 2683).

Esta certeza de que podemos acudir a los santos –en este caso particular a San Josemaría y al beato Álvaro del Portillo– nos lleva, como de la mano, al segundo punto de estas reflexiones. Tiene que ver con el modo en el que San Josemaría concebía la tarea de acercar a los demás a Dios. En *Amigos de Dios* había escrito que el apostolado, la actividad del cristiano que mueve a otros a seguir a Cristo es la “sobreabundancia de la vida interior” (n. 239). No se trata, por tanto, de una actividad externa o artificial, sino de una corriente que brota, llena de espontaneidad y naturalidad, del corazón de la persona misma.

Cuando Mons. Larrea escribe estas novenas, se encuentra ya en la etapa final de su vida. Y después de haber madurado y luchado por vivir las enseñanzas de San Josemaría, busca un modo de hacerlas sencillas y asequibles al gran público, con el convencimiento de que pueden ayudar a tantas almas del mismo modo que han sido luz, fuerza y soporte para él.

Finalmente, advertimos en estas novenas el corazón de pastor de Mons. Juan Larrea. Su misión, como sacerdote, como obispo se dirige no solamente a aquella élite intelectual de la que el mismo formaba parte, sino que se busca, solícito que el alimento espiritual, la doctrina de Cristo, llegue a todos. Se cumplen en él las palabras con las que Santo Tomás prologa la *Suma Teológica*: “El doctor de la verdad no sólo debe instruir a los avanzados, sin que también tiene la obligación de instruir a los que comienzan en la fe”.

En síntesis, estas novenas nos abren una rendija al corazón de un hombre que tuvo la fortuna de conocer y tratar a dos santos en su juventud; de ellos aprendió los ideales que le llevaron a la madurez humana y cristiana; continuó en su compañía después de que marcharon al cielo y que procuró que todos pudieran aprovecharse de esta riqueza que dio color y armonía a su vida.

Bibliografía

Catecismo de la Iglesia Católica

Aquino, S. T. (s.f.). *Summa Theologica*.

Balaguer, J. E. (2001). *Amigos de Dios*. México: Minos.

Bayo, J. M. (2012). *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*. Madrid: Rialp.

Burkhart, E. (2010). *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*. Madrid: Rialp.

Casciaro, P. (1994). *Soñad y os quedaréis cortos*. Madrid: Rialp.

Católica, C. d. (s.f.).

Holguín, J. L. (2007). Dos años en Ecuador (1952-1954): recuerdos en torno a unas cartas de San Josemaría Escrivá de Balaguer. *Studia et Documenta*, 113-125.

Rodríguez, P. (2002). *Camino. Edición Histórico-Crítica*. Madrid: Rialp.

Vázquez, A. (2009). *Juan Larrea. Un rayo de luz sobre fondo gris*. Madrid: Palabra.